

feudo, ita et filii rebelles vita. son desposeidos del feudo, así los
S. Thom. Opusc. 4. hijos rebeldes merecen ser priva-
dos de la vida.

HIJOS (EDUCACION Ó CRIANZA DE LOS), véase: PADRES (DEBERES DE LOS).

HIPOCRESÍA.

I.

Nisi abundaverit justitia vestra plusquam Scribarum et Phariseorum, non intrabitis in regnum caelorum.

Si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

(MATH. V, 20.)

Lloremos y temblemos, hermanos míos, al meditar atentamente estas palabras de Jesucristo. Dios, que es la misma justicia por esencia, y que no admite en su naturaleza ninguna mezcla de debilidad ni de imperfección, tampoco la consiente en aquellos que hacen profesión de honrarle y de servirle. No solo juzgará al impío, que se obstina y se fortalece en su pecado, y al hipócrita, que procura engañar con su exterior devoto y modesto, sino también al justo, el cual, aunque parece que procura buscar la justicia en la simplicidad de su corazón, no se verá libre de cargos en el día de sus venganzas.

Para que entremos en la posesión del reino de Dios, necesitamos justicia más llena y mayor que la de los Escribas y Fariseos. No pretendo, hermanos míos, sacar de estas palabras para las almas fieles un motivo de desaliento, sino un motivo de vigilancia y de reforma; ni quiero, tampoco, caer en el desgraciado exceso de los libertinos de nuestros días, los cuales, porque algunas veces se deslizan los justos, ya se creen autorizados para sospechar de todo lo que lleva el carácter de la devoción y la piedad. Sepan, pues, éstos, que aunque la hipocresía sea infinitamente odiosa á los ojos de un Dios, que solo quie-

re ser servido en espíritu y en verdad, los malos juicios, las burlas y las sátiras que se permiten sobre cualquier acto de devoción, no son ménos criminales, porque Dios no ha querido sujetar á sus juicios las acciones de sus criaturas.

Cristianos, que solo teneis las apariencias de la justicia, ó porque no la conoceis en toda su extensión, ó porque no sentís las consecuencias y los peligros de esta disposición, estad atentos á mis palabras. ¿Pensais por ventura honrar á Dios, porque afectais devoción y piedad? Pues voy á probaros, que en esto le haceis una de las mayores injurias. ¿Pensais edificar al prójimo? Pues voy á demostraros, que si en algun tiempo llega á conocer que vuestra virtud no es cierta, le dais un grande escándalo. ¿Pensais obrar vuestra propia santificación? Pues sabed, que oponéis á ella un obstáculo sumamente invencible. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

4. Dije, que la falsa justicia es una gravísima ofensa á los ojos de Dios; y, en efecto, el Espíritu santo nos advierte, que el hipócrita atrae sobre sí toda la abominación del Señor. En este lugar de la Escritura, no solo se habla de la hipocresía, sino de toda mentira meditada y reflexionada sobre cualquiera materia; pero, cuando tiene por objeto los más santos misterios ó la moral de la Religión; cuando no se limita á un suceso ó á una circunstancia, sino que se extiende á todas las de la vida, y se forma un hábito de mentir y de engañar, ¿qué impresión no deberán hacer estos disfraces sobre aquel que se llama la misma verdad por esencia? Hermanos míos, la falsa justicia ¿no reúne estos diferentes grados de enormidad? Esos justos de sola apariencia ¿no se mofan de lo más santo y temible de la Religión? Si, ellos se burlan de nuestros misterios; el hipócrita parece que está lleno de la fé más ardiente, cuando le acomoda manifestarla, y su corazón se ve agitado de mil incertidumbres, y de una multitud de dudas que le van acercando insensiblemente á la incredulidad. Se burlan de los sacramentos: el hipócrita los recibe con frecuencia, y, al mismo tiempo, abusa de ellos. Se burlan de la palabra santa: el hipócrita se manifiesta muy solícito de oír nuestras instrucciones, aplaude exteriormente las verdades evangélicas, y las contradice y detesta dentro de su corazón. Se burlan de la oración: el hipócrita se familiariza, al parecer, con este santo ejercicio; pero más bien son en su boca las oraciones de la Iglesia una ofensa de la divinidad, que un acto de religión. Se burlan de las buenas obras: el hipócrita manifiesta mucha exactitud en su práctica; pero solo para excitar las alabanzas y las recompensas.

¡Oh, qué bien conocia Job los caracteres de la falsa justicia, cuando compara la confianza del hipócrita en sus obras á la tela de las arañas! ¿Qué pensará, pues, de tan detestables disposiciones aquel Dios, á quien nada se le oculta, que no puede ser engañado ni engañarse, y que no conoce otro bien perfecto, sino aquel de que él mismo es el principio y el fin? ¿Qué pensará, decidme, del hipócrita, que no conoce otras virtudes que las que lisonjean su amor propio; que se entrega con tanta facilidad á los pecados más vergonzosos, cuando puede cometerlos en secreto, y considerarse libre de la censura de los hombres, como á las acciones loables, luego que pueden procurarle alguna satisfaccion, algun elogio? ¿Qué pensará, repito, el Señor de los cielos y la tierra? No podemos, hermanos míos, dudar sobre esta pregunta. Este Dios, tan tierno, tan compásivo con todos los pecadores, tan tardo para castigarlos, tan paciente para darles espera, tan solícito para recibirlos, y aún para salirles al encuentro, y tan indulgente para perdonarlos, parece que se despoja para los hipócritas de las entrañas de su misericordia, y no habla para ellos sino con anatemas y desgracias. ¡Ay de vosotros! dice. ¿Quereis saber la causa de tanta severidad? Pues tened entendido, dice san Agustín, que el falso justo, bajo la apariencia de la justicia, encierra la iniquidad más criminal, á saber, un corazón entregado todo á la malicia y á la mentira.

Cristianos, que desde la infancia vivís quizá en este triste y miserable estado, ¿no os dice alguna vez vuestra conciencia, que vuestro Dios es muy justo y muy santo, para contentarse con semejante disposicion? ¿Que le ultrajais notablemente, cuando le adorais y le servís con exterioridades, miéntras que dais los afectos del corazón al orgullo, al respeto humano y á mil otros objetos, indignos de su grandeza y majestad? Tened entendido, que por esta justicia hipócrita mereció Israel, en otro tiempo, su reprobacion, y atrajo sobre sí tantas y tan grandes desgracias. Si este pueblo hubiera tenido más sinceridad en los homenajes públicos que tributaba al Señor; si sus labios hubieran estado de inteligencia con su corazón en el culto que le ofrecía, hubiera experimentado siempre la proteccion sensible, de que ya Dios le habia dado anuncios desde el principio de los tiempos; pero el Señor se queja por la boca de su profeta, de que el lenguaje de sus labios no estaba de acuerdo con las disposiciones de su corazón.

Estas disposiciones, hermanos míos, son muy criminales á los ojos de Dios; pero no son ménos escandalosas con relacion al prójimo. Ved el pretexto más plausible que toma por lo regular el hipócrita, para excusar su hipocresía. A nadie, dice, escandalizo; si me pierdo,

á nadie culparé de mi pérdida: quizá por medio de una justicia aparente, y cumpliendo exteriormente con exactitud la ley, podré traer muchos pecadores á verdadero reconocimiento; y si no me deben su conversion, no me atribuirán á lo ménos sus caidas. Así habla el hipócrita, es decir, el hombre de la mentira. Pero ¿lo creeriais? Más han contribuido los hipócritas á extender el reino del pecado, que los pecadores aún los más escandalosos. San Pedro Crisólogo llama á la hipocresía un recurso infernal que emplea el enemigo de todo bien, el cual, por medio de los artificios más crueles y sutiles, se vale de la virtud misma, para destruir hasta las raíces de ella.

En efecto; un solo ejemplo del hipócrita basta para que se disguste de la virtud el alma más fiel, para que se separe de ella el pecador que empieza á conmovirse, y que se vé tocado por los atractivos de la piedad, y para que se afirme y fortalezca en la iniquidad el impío más osado.

Cuando las almas virtuosas ven la monstruosa alianza de una vida, al parecer edificante, con un corazón que está encenagado y metido en los pecados más detestables y groseros; cuando ven un exterior muy moderado y compuesto, y una lengua maldiciente y desenfrenada, temen que se tengan por vicios sus virtudes, y que se sospeche también de hipocresía el cumplimiento exacto de sus obligaciones. ¿Qué atractivo tendrán la justicia y la piedad para un pecador, si las vé deshonradas por aquellos mismos que hacen profesion de practicarlas? ¿No tendrá motivos para pensar, que la hipocresía ofende más á Dios y causa mayores perjuicios á la Religion que todos sus pecados por enormes que sean? ¿No podrá preguntar con san Bernardo, quién es más culpable, aquél que comete abiertamente el pecado, ó el que profesa exteriormente la piedad y la desmiente en el fondo de su alma?

De aquí provienen, hermanos míos, esas burlas y sátiras temerarias y sacrílegas que los impíos arrojan sobre la Religion, y que, por desgracia, se propagan demasadamente: ellas son tales, que nos avergonzamos de que nos tengan por devotos, porque este título se ha hecho un género de ignominia; y así, para libertarnos de tal censura, afectamos muchas veces una cierta libertad de hablar y de obrar, que la conciencia misma está resistiendo; pero que, sin embargo, nos pone al abrigo de sátiras tan horrendas.

Es necesario distinguir entre la verdadera y la falsa devoción. En efecto; ¿qué cosa es un devoto, segun la idea que hoy se forma? Es una persona, cuya vida es un círculo de oraciones, de lecturas, de ejercicios y de buenas obras; pero que, no obstante, conserva dentro

de su corazón sus malos hábitos; una alma muy escrupulosa para echar de sí cualquiera cosa que pueda turbar el orden que se ha establecido, y que, al mismo tiempo, adopta sin escrúpulo los refinamientos y las delicadezas de la sensualidad y del lujo, y todos los artificios del amor propio y del orgullo; una persona, que nos admirará y edificará á los piés de los altares; pero que en el interior de su casa se entregará á la disipacion y desplegará la ira y el rencor que abriga su corazón; una persona, que será muy sensible á todos los objetos de piedad y de devocion; pero muy indiferente y dura para todos los de la caridad; una persona, cuya lengua, á un mismo tiempo, será religiosa y mordaz, y que por principios de conciencia llorará los abusos de su siglo, porque tomará de aquí motivo para censurar los desórdenes de su prójimo; en una palabra, una persona muy á propósito, en la apariencia, para todo bien, pero interiormente muy dispuesta para todo género de iniquidad y de injusticia.

Esto es lo que, segun la opinion más comun, quiere decir el nombre de devoto, tomado en toda su extension; pero lo más lastimoso, hermanos míos, es la originalidad de este retrato; y lo más deplorable todavía es, que aquellos á quienes más se parece, son los que más lo aplican á los otros. Decidme, ahora, si el hipócrita no será responsable delante de Dios de todas las sátiras que los pecadores inventan y propagan sobre la verdadera devocion, de todos los escándalos que causan, y de los movimientos de la gracia que sofocan; pero á pesar de que los libertinos y los impíos se desatan universalmente á perseguir la virtud, ¿no triunfaria al cabo ella de sus desórdenes y sus escándalos, si no la vendiesen los que toman su máscara, y los que hacen profesion de practicarla?

¿Cuál será, pregunto con san Bernardo, más culpable en el tribunal de la suprema verdad, aquel que sin disfraz hace profesion de la impiedad, ó el que estando lleno de vicios afecta la santidad y las virtudes? Y ¿qué efecto produce con relacion al hipócrita mismo una disposicion, tan criminal para con Dios y tan escandalosa para con el prójimo? Ella le cierra el camino de la penitencia y le ensancha el de la perdicion.

2. En efecto; ¿se convierten acaso muchos hipócritas? Nó, hermanos míos; la conversion supone un conocimiento muy claro del estado infeliz en que se halla el alma, un deseo muy sincero de salir de este estado, un estudio no interrumpido de los medios más eficaces para esta mudanza, y, sobre todo, las gracias que pueden obrarla. En esto consisten las verdaderas conversiones. ¿Dónde está el falso justo que dice con sinceridad: yo engaño á mi prójimo; me engaño á

mí mismo; pero no engañaré á mi Dios, que penetra los senos más ocultos del corazón: todo el bien que hago es perdido para mí; un pecador que llora sobre su estado, y que pone sinceramente los medios para salir de él, es ménos criminal que yo; y mucho más digno de indulgencia y de misericordia? Hay alguno que hable de esta manera? No, hermanos míos, no es este el lenguaje del hipócrita. Toda su atencion la dirige á indagar las faltas del prójimo para censurarlas, y á ponderar y á aplaudir los pequeños bienes que él hace. Si á la vez manifiesta algun dolor sobre sus faltas, no es por las que ha cometido en secreto, sino por las que han llegado á publicarse. Siempre vigilante y atento sobre sus acciones, procura que sean tales, que no le defrauden del concepto que se ha adquirido entre los hombres; pero este infeliz, á pesar de todo su cuidado, padece, por un secreto juicio de Dios, las aflicciones de los justos y las amarguras de los pecadores; es decir, experimenta, como éstos, la agitacion, los temores y los remordimientos de su conciencia; y si una alma pecadora tiene en sí misma su suplicio, el corazón del hipócrita tiene en sí propio su tormento. Así es tan desgraciado como el pecador; pero á todos estos remordimientos que le despedazan, junta la opresion que padece por la virtud que afecta. Él no conoce como el justo los placeres del siglo, y se priva muchas veces aún de los más moderados para parecer devoto; se mortifica como el justo con ejercicios de penitencia, y aunque siente el dolor que causan, no conoce el consuelo que producen: la misma limosna, este recurso tan eficaz en las manos de los demás pecadores, para él es del todo estéril; mientras que los otros rescatan sus pecados con sus limosnas, el hipócrita pierde su dinero y su alma por su ostentacion y su orgullo. Si hace penitencias, no por esto se mudan sus afectos ni los deseos de su corazón: bajo un exterior mortificado y penitente, conserva toda la injusticia de sus pasiones; de manera, que atormenta inútilmente su alma en este mundo, sin que le traiga la más mínima felicidad y satisfaccion para el otro.

¿No es este, hermanos míos, un estado digno de llorarse? Por un prodigio, el más incomprendible, el falso justo no conoce el peligro en que se halla y vive muy distante de sentirlo, á la manera de los enfermos, á quienes una extenuacion habitual conduce insensiblemente á la muerte; pero que, sin embargo, en los últimos momentos de su enfermedad, forman todavía proyectos, que suponen una larga vida y una salud muy robusta. ¿De dónde proviene pues esa insensibilidad del hipócrita sobre su estado? Si bien lo consideramos, hermanos míos, podemos atribuirle, con uno de los Padres de la Iglesia, á los secretos juicios del Señor, el cual permite que el demonio en-

gañe y seduzca siempre á todos los que aman sus engaños. Ellos quieren parecer justos; pero por su desgracia no lo son sino á sus propios ojos; y, desde este momento triste, ya no lloran sobre el estado miserable de su alma; ya no tienen deseos, ni hacen esfuerzos para levantarse; ya no ruegan para conseguir los medios necesarios; ya, por consecuencia, carecen de todos los auxilios de la gracia. Pero la conciencia, este juez tan severo y equitativo, que habla tan alto y que á nadie perdona, ¿qué hace en esta ocasion? Ella guarda un profundo silencio en los falsos devotos, de manera, que pueden aplicárseles aquellas palabras del Apóstol: *tienen su conciencia cicatrizada*; como si dijese, tan acostumbrada á no juzgar del bien y del mal sino con relacion á sus intereses propios, que ya no son sensibles ni á los de Dios, ni á los de la Religion, ni á los del prójimo.

Dije, hermanos míos, que este estado ensancha el camino de la perdición, porque ¿quien será capaz de detener una alma hipócrita en medio de las tentaciones y de los escollos? Solo el temor del juicio de los hombres: quitádselo, y los vereis arrostrar todos los desórdenes. ¿No vemos todos los días, con vergüenza del cristianismo, que muchas personas, que se han granjeado la estimacion y el respeto de los demás por su buen porte, vienen á ser el escándalo de todo un pueblo, porque la casualidad ha descubierto las gravísimas faltas que procuraban esconder? ¿No se verifica, con demasiada frecuencia, aquel oráculo de Jesucristo: *son semejantes á los sepulcros blanqueados por de fuera*? Aquellos hombres adornados de una falsa justicia, que engañan con su brillante exterior á todos los que se dejan deslumbrar por exterioridades, ¿no se ven detestados y aborrecidos, luego que se sondea su corazon? ¿no ven sus alabanzas convertidas en vituperios? ¿no arrojan de sí el hedor más insufrible?

Ah! hermanos míos, vivamos siempre como hijos de Dios, manifestándolo así en todas nuestras obras. La verdadera justicia consiste, en amar todo lo que Dios aprueba, y en detestar lo que condena. Enemigo declarado del disfraz y de la mentira, exige, que el primer homenaje de nuestro corazon sea dictado por un espíritu de sencillez y de rectitud.

Edifiquemos siempre al prójimo, y aunque sus conocimientos sean muy limitados, no le engañemos con un exterior de moderacion y de virtud. Temamos, si somos falsos justos, que se nos caiga la máscara, que nos haga responsables, ó de sus blasfemias contra la virtud, ó de los pecados que cometen por causa de nuestros engaños.

Sobre todo, mis hermanos, nunca olvidemos la necesidad en que estamos de mantener una vigilancia escrupulosa que prevenga nuestras caidas, y de tener una contricion verdadera que expie nuestros pecados, y una humildad sincera que nos consiga la misericordia y la gracia. La falsa devocion es enemiga de todas estas disposiciones; y así, seamos verdaderos en nuestros homenajes, si queremos agradar á Dios y atraer sus auxilios.

No esperéis, Dios mio, para descubrirnos el secreto de nuestras conciencias, ese día, que teneis destinado para ponerlas á los ojos de todos, y que ha de ser tan terrible para el alma hipócrita. La imaginacion me trasporta hoy á los piés de ese tribunal, para representarme la confusion del falso devoto, cuando se ve despojado de su falsa justicia. Entónces será, cuando ejerciteis sobre él aquella amenaza terrible: *vendrá un día en que os despojaré de todos los vestidos que llevais y que os disfrazan, para reduciros á los ojos del universo al estado de desnudez en que salisteis á ver la primera luz*. ¡Oh! qué mudanza para el pecador hipócrita, cuando se quede solo con la injusticia de sus pensamientos, con la corrupcion de sus deseos; cuando vea que cada una de sus buenas obras tiene el primer lugar entre sus iniquidades, porque han sido corrompidas por el amor propio y el respeto humano! ¡Dios mio! si yo tuviese delante de mí este juicio, siempre obraria conforme á vuestra voluntad; infundidle, pues, en mi corazon, y haced que el miedo de este juicio sea para mí el principio de la sabiduría y de la justicia, y la prenda de la felicidad verdadera. Así sea.

HIPOCRESÍA.

II.

Attendite à falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces.

Guardaos de los falsos profetas, que se llegan á vosotros disfrazados con piel de ovejas, mas por dentro son lobos voraces.

(MATTH. VII, 15.)

Nada hay más santo que la piedad, nada más excelente ni divino; pero puedo decir con el mayor dolor, que nada hay tampoco más expuesto á las profanaciones y á los abusos, ni nada más peligroso que aquellas almas engañosas y sagaces, que con el velo de una devoción aparente ocultan, ó el veneno de una doctrina corrompida, ó el desórden de una conducta culpable. Esto me obligaria en el día á hablar contra la hipocresía, si Dios no me hubiera inspirado otro designio, que, aunque distinto de éste, no deja, en algun modo, de referirse á él, y del cual aún me prometo cogermás fruto para la reformation de vuestras costumbres. La hipocresía, dice ingeniosamente san Agustín, es aquella zizaña del Evangelio, que no se puede arrancar sin desarraigar al mismo tiempo la buena semilla. Dejémosla crecer hasta el tiempo de la siega, segun el consejo del Padre de familias, para no exponernos á confundir con ella los frutos de la gracia y las santas semillas de una piedad sincera y verdadera. En lugar, pues, de emplear mi celo en declamar contra la hipocresía, intento combatir á los que discurren mal en el asunto de la hipocresía, sacando de él perversas consecuencias, ó que por ella se dejan impresionarmal, ó, finalmente, porque forman por esto falsas ideas contra la verdadera piedad. Yo no quiero considerar la hipocresía en sí misma, sino fuera de sí; no en su principio, sino en sus consecuencias; y no en la persona de los hipócritas, sino en la de los que no lo son. Hay tres clases de personas, que sin ser hipócritas, ni quererlo ser, se forman de la hipocresía de los demás un obstáculo esencial á su salvacion. Observad bien sus distintos caracteres. Los primeros son los mundanos, que se valen, ó quieren valerse de la hipocresía de otros para

autorizar su libertinaje y levantarse contra la verdadera piedad. Los segundos son los cristianos pusilánimes, á quienes la hipocresía de los demás sirve de escándalo y de turbacion, hasta llegar á disgustarlos y fastidiarles la verdadera piedad. Y los últimos son los ignorantes y simples, que no consultando su fé, ni su razon, se dejan engañar con la hipocresía de algunos, y la tienen por verdadera piedad. Por estos medios piensan los mundanos hallar en la hipocresía de los demás justificada su impiedad: los pusilánimes pretexto de su cobardía; y los simples excusa de su imprudencia y temeridad; pero yo intento manifestarles á todos, que no tienen fundamento alguno para proceder de este modo, y hacerles ver cuán frívolas son sus razones. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El mundano que vive en una deplorable corrupcion de costumbres, quisiera que todos los demás hombres se asemejasen á él en esto mismo; y aunque se conozca él como pecador, y haga profesion de serlo, seria su gusto poderse lisonjear, de que era tan hombre de bien como todos los demás, ó por mejor decir, que todos los otros no eran mejores que él. Este es un pensamiento caprichoso, aunque, no obstante, muy natural: pero sea como fuere, de este pensamiento se forma él una opinion, y se convence, poco á poco, de que la cosa es, con efecto, del modo que se le figura y como él quisiera que fuese; y como el ejemplo de los hipócritas dá á su error algun colorido de verosimilitud, se detiene en esta apariencia, en perjuicio de todas las razones opuestas. Porque hay devotos hipócritas, infiere luego, que todos pueden serlo; y de aquí, pasando más adelante, se asegura á sí mismo, que la mayor parte, y aún por lo comun, todos los son: se obstina en sus desórdenes con la vana persuasion, de que aquéllos que en el mundo se cree llevan una vida más regular, y que tienen más integridad, considerándolo todo bien, no son mejores que él: que la diferencia que hay entre él y los demás es, que aquéllos son, por los comun, más disimulados y más diestros en ocultar su conducta, pero que en cuanto á lo demás, tienen sus desórdenes, como él los suyos. Que en lugar de ciertos vicios groseros y sensuales, que el respeto humano les hace evitar, tienen otros que, en la verdad, son más espirituales, pero que no son ménos culpables delante de Dios.

Y aunque despues se halle precisado el licencioso á convenir, en que no es toda falsa la piedad, á lo ménos intenta persuadirse á que es sospechosa y que siempre se puede desconfiar de ella. Esto solo le basta: y para él no hay piedad que no sea despreciable, haciéndola dudosa. Convengamos con él, por un momento, en que no hay en el

mundo verdadera piedad, ó que solo hay una piedad dudosa; ¿ puede inferir de aquí, como infiere, que ya no hay mas sino permanecer en su vida mundana y desarreglada, y que la conducta de los demás es una justificación de la suya? Falsa y perniciosa consecuencia; pues aunque toda piedad esté desterrada de la cristiandad, ó la que aparece esté sujeta á legítimas sospechas, hay siempre un Dios que debe ser adorado en espíritu y en verdad; y cuando todos los hombres le rehusáran los justos honores que se le deben, no le serán éstos menos debidos por cada uno de los hombres, y ninguno de ellos dejaria de ser ménos culpable si se los negase. Cuando Dios se dió á conocer á nosotros, no nos dijo: *Vosotros me honrareis segun los demás hombres me honraren, y porque ellos me veneran; sino, vosotros me honrareis, porque merezco ser honrado, pues soy vuestro Señor y vuestro Dios: Ego Dominus, et extrame non est Deus* (ISAÍ. XLV, 5). Cuando nos impuso su ley, no nos dijo: *Hareis ésto, y os abstendreis de aquéllo, segun viereis á los demás hacerlo ó abstenerse; sino, lo hareis porque yo lo mando, y os abstendreis porque yo lo prohibo, porque tengo poder para mandar lo uno y prohibir lo otro; porque es razon mandar lo uno y prohibir lo otro, y porque es justo que ejecuteis lo uno y que os abstengais de lo otro: Mandatum quod præcipio tibi* (DEUT. VIII, 1). Luego, independientemente de la conducta de todos los hombres, Dios es siempre Dios, y por consecuencia, siempre Señor, siempre digno de ser adorado, y siempre digno de nuestro culto y de nuestra obediencia, y la ley es siempre ley, y el Evangelio siempre Evangelio; la razon siempre razon, la justicia siempre justicia, el bien siempre es bien, y el pecado siempre es pecado; de lo que se sigue, que debéis observar siempre la ley, siempre seguir el Evangelio, escuchar siempre la razon, guardar siempre la justicia, practicar siempre lo bueno, y preservaros siempre del pecado.

Esto es lo que el mundano debería decirse á sí mismo para discurrir juiciosamente. ¿Qué me importa observar lo que ejecutan aquellos y los otros, ni saber si la piedad que profesan es sincera ó afectada? Su vida no es regla para mí. Si son devotos falsos, su falsa devocion no me autoriza para ser mal cristiano. Cada uno responderá por sí, dejémosles vivir como quieran, pero nosotros vivamos como debemos.

Pero ¿es verdad que en el mundo todo es hipocresía, y que no hay almas verdaderamente virtuosas? No, hermanos míos. Nosotros aún vemos hombres segun pide la religion, y cuya vida ejemplar nos puede servir de modelo. Vemos casadas y doncellas, cuyo fervor nos

edifica, y cuya devocion ardiente, caritativa, humilde y desinteresada, tiene todos los caracteres de la santidad evangélica. Además de aquellos y aquellas que la Providencia, por una vocacion particular, ha puesto en las soledades y en los claustros, hay tambien otros en todos los estados; y aunque el mundano los desconoce, no tendrán menor influjo en su condenacion delante de Dios.

2. Hablemos ahora de estos espíritus pusilánimes, que, disgustados por la hipocresía de los demás, se alejan de los caminos de Dios. Ellos quisieran ocuparse en servirle; pero temen ser tenidos por hipócritas, y este temor los detiene. Esto es lo que nosotros vemos todos los días nosotros, que, como ministros de Jesucristo, somos secretos confidentes de las almas y depositarios de sus sentimientos. Esto es lo que hace perder á nuestras exhortaciones más fervorosas toda su eficacia, y lo que hace inútil nuestro ministerio para con tantos cristianos pusilánimes. Ellos tienen inclinacion á la piedad, conocen en este punto sus obligaciones, y estarian muy dispuestos á cumplirlas. Nosotros procuramos guiarlos á este fin, y les representamos la importancia y la necesidad de ello. Nos escuchan, gustan de todo lo que les decimos, parece que están edificados y determinados á ponerlo por obra; pero, cuando es menester dar el primer paso, les ocurre una reflexion desgraciada que basta á contenerlos. ¿Qué se dirá de mí, dicen, y á qué hablillas no voy á exponerme? ¿Se creará que solo la piedad es la que me hace obrar? Por estos temores permanecen en un estado de vida del cual querrian salir; y por evitar una hipocresía, ó á lo ménos la reputacion y crédito de ella, se cae, por decirlo así, en otra. Si es hipocresía tener los exteriores de la piedad, sin tenerla en la realidad, ¿no lo es tambien tener en el corazon estimacion de la piedad, deseo de ella y sus sentimientos, y afectar exterioridades del todo opuestas? ¿No lo es tambien condenar en la apariencia lo que interiormente se aprueba, y aprobar lo que interiormente se condena? ¿No lo es declararse por el mundo, y seguir sus caminos corrompidos, cuando se conoce su corrupcion, y cuando, al mismo tiempo, se tiene á ellos un secreto horror, y se gime al verse empeñado en seguirlos? ¿No lo es alejarse de Dios, y dejar sus caminos, cuando se cree que son estos los más rectos y seguros, y cuando una inclinacion feliz nos conduce á ellos? En lugar de decir, como S. Pablo: *Mihi autem pro minimo est, ut á vobis judicer, aut ab humano die* (I COR. IV, 5); no me dá cuidado alguno cuanto de mí hablareis, seais quien fuereis; cuando se trata de hacer lo que debo á mi Dios; se dejan preocupar de las falsas ideas de una prudencia enteramente carnal, y viven en una servi-